

2. Ensayo

EL CORAZÓN DEL APOCALIPSIS

-Primera parte-

José Antonio Durand

La suya era una oscuridad impenetrable. Le miré como uno observa a un hombre que yace en el fondo de un precipicio donde el sol no brilla nunca... vi la expresión del orgullo sombrío, del poder despiadado, del terror pavoroso; de una desesperación intensa y desesperanzada... gritó dos veces, un grito no más fuerte que una exhalación: "¡El horror! ¡El horror!" Joseph Conrad

En la muy libre adaptación cinematográfica de la novela de Joseph Conrad El Corazón de las tinieblas, realizada por Francis Ford Coppola bajo el título de Apocalipsis now, no hay nada más apropiado que un breve pero intenso recorrido por la guerra de Vietnam, para penetrar en las entrañas mismas de la oscuridad, en esa parte gris y negra del corazón del hombre.

Los horrores de la guerra de Vietnam constituyen el rostro sin maquillaje del verdadero infierno donde la locura encuentra su nicho bajo el cobijo de la penumbra de una selva casi impenetrable, a la cual solo se accede –con total incertidumbre– a través de un peligroso y traicionero río que, como serpiente, acecha pleno de misterios a delirantes personajes descritos con elocuente maestría por el trabajo cinematográfico de Ford Coppola quien, paralelamente, contribuye a construir el testimonio fílmico de una de las páginas más vergonzosas –entre las muchas que tiene– de la historia de los Estados Unidos de Norteamérica.

En el significado simbólico que se encuentra en el fondo del viaje a la selva, se halla el miedo a lo nuevo, a lo desconocido, al protagonismo en una historia de brutalidad y salvajismo que en la novela de Conrad aparece como proyecto de "Supresión de las Costumbres Salvajes" a las cuales, ya en la libre interpretación de Ford Coppola, sucumben de manera irremediable los personajes en el contexto de locura al que remite la consternación de la guerra, suprimiendo todo vestigio de

humanidad en el hombre para hacer de él un verdadero animal salvaje en su más vil expresión depredadora.

En la misión que F. Coppola asigna al siniestro personaje, capitán Willard (Martín Sheen) con licencia de sicario en Apocalipsis now, es como si una historia personal muy íntima le hubiera sido comunicada a un intruso que irrumpe con su encargo justiciero en un mundo tormentoso y desequilibrado. Mundo habitado y construido con la implantación del terror por el mítico Marlon Brando convertido en deidad de carne y hueso en el papel del coronel Kurtz.

Al parecer, los antecedentes de la historia del dios Brando le cerraban al encargado de matarlo alguna posible salida. Como si todas las puertas le hubieran sido cerradas y mantuvieran al asesino en una encrucijada aviesa donde el río, esa serpiente amenazante, tiene como único destino el centro mismo de la oscuridad, al que debe llegar el sicario atendiendo la voz salvaje del corazón que se esforzaba por rebelarse a una verdad de dolor incommovible. Porque cumplir esa misión de guerra es acudir al deseo infamante de descender a la más baja condición del ser humano, es llegar a ese lugar selvático donde la animalidad se sobrepone a la conciencia y la suprime en aras de una supuesta sobrevivencia.

Las convicciones del militar criminal descansan en las creencias que integran su verdadera personalidad. Y que cumplen sus deseos genuinos en tanto que obedecen al proyecto de trascender matando. Satisfacen intereses permanentes de un país que fomenta la guerra con una economía de Estado basada en la producción de armamento; otorgan un sentido a su vida y son en suma las razones tenebrosas que tiene el corazón hambriento de poder y que la razón no conoce.

Willard, el personaje con encargo de matar, en una actitud enfermiza encuentra en el sometimiento de sus ideas los juicios de un sádico placer comparable con las dulces sensaciones que experimentaba al ser flagelado su cuerpo, por torturas provenientes de sus propias manos. Así, en un ritual de extravagantes dispositivos y de rudimentarias tecnologías concebidas bajo los influjos de las drogas y el alcohol, en medio del hastío de una vida de segunda de un militar igualmente de segunda; tecnologías desplegadas con el enfermo afán de proveerse el dolor físico que le resultaba tan necesario e indispensable, como cualquier droga al vicioso, para poder acudir a la triste cita con la historia.

Haciéndose Willard el mayor daño posible, agrediendo su propio cuerpo como fórmula inequívoca de una relación libremente elegida consigo mismo. Situación plenamente aceptada como única posibilidad de encontrarle sentido a la vida en una muerte lenta, pero de degradación creciente en tanto que pudiera ofenderse más aún la condición humana en una empresa de guerra tan desigual como la que emprenden los Estados Unidos contra el país asiático.

continúa

Promoción y difusión de la literatura

3.. Instituciones...

Presidente de la Academia Literaria de la Ciudad de México, Asociación Civil. Vicepresidente de la Academia de Extensión Universitaria y Difusión de la Cultura, UNAM. Vicepresidente de la Unión Latinoamericana de Escritores (ULatE), A. C